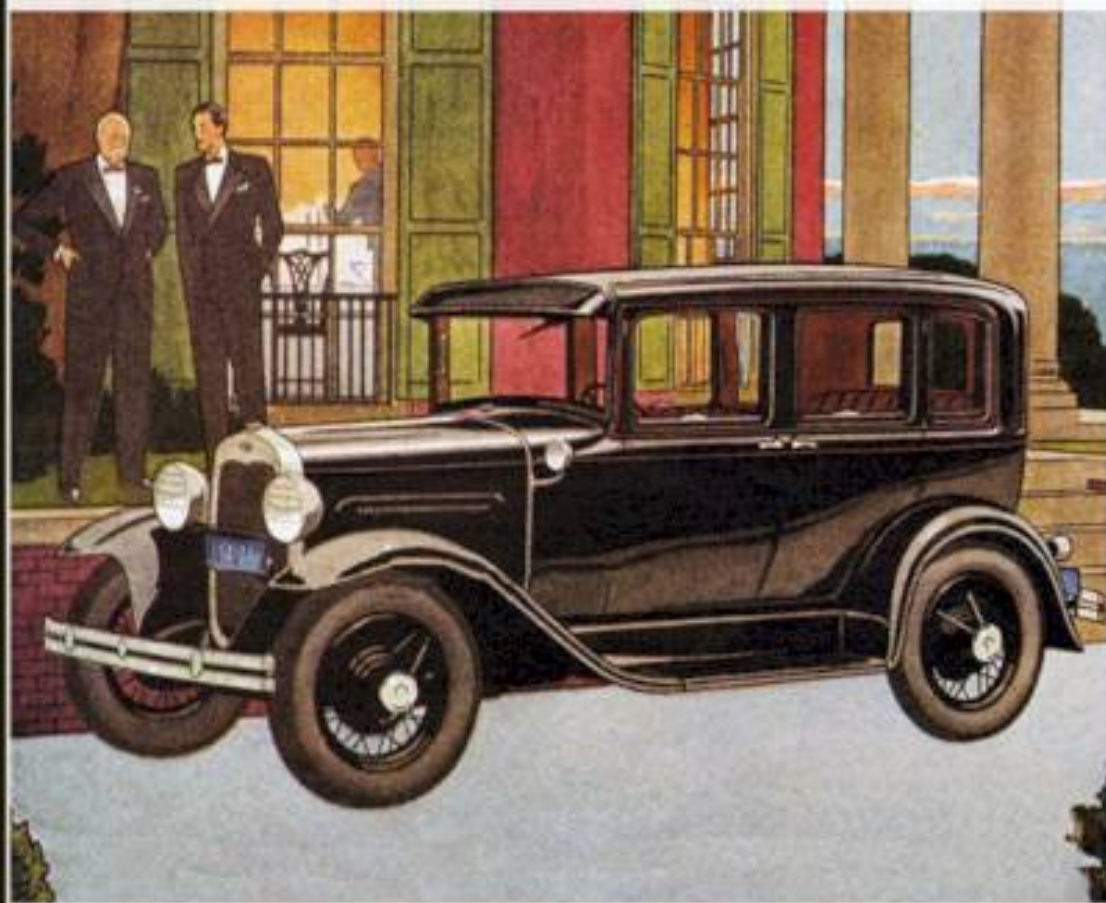


STELLA GIBBONS

*La segunda vida
de Viola Wither*

Traducción de Laura Naranjo y Carmen Torres García



Stella Gibbons, nos vuelve a deleitar con una comedia llena de agudeza, ternura e ingenio, en la que no faltan las largas fiestas estivales, los amores cruzados, las huidas, los giros repentinos, los amantes de la poesía y un bosque en el que los encuentros y los desencuentros ocurren siempre de noche.

Viola Wither es una chica encantadora y no muy avispada que se casa con un hombre con posibles al que no ama realmente. Cuando su marido fallece, Viola se queda en la más absoluta miseria, por lo que no tendrá más remedio que vivir con su familia política en The Eagles, una casa en la que todo es tristeza y oscuridad. El señor Wither es un hombre tacaño y gris. La señora Wither la ignora desde el principio y sus dos cuñadas, Tina y Madge, piensan demasiado en sí mismas como para ocuparse de ella. Por fortuna, siempre existirán las fiestas benéficas y la posibilidad de cruzarse en ellas con Victor Spring, el ídolo local, un hombre rico y algo superficial con el que todas las mujeres sueñan en silencio.

Una comedia romántica para Renée y Ruth.

«... todos los que gozan de jóvenes encantos».^[1]

Nota

Las palabras en el dialecto de Essex que aparecen ocasionalmente en la versión original del libro fueron extraídas de las obras *Dialect and Songs of Essex* y *Essex Speech and Humour*, de H. Cranmer-Byng.

Todos los lugares y personas son ficticios

Capítulo I

Por muy difícil que resulte hacer un jardín aburrido, el viejo señor Wither lo había logrado.

Aunque no era él quien se encargaba directamente de gestionar los jardines de su hacienda, cerca de Chesterbourne, en Essex, su falta de interés y su rechazo a invertir dinero en ellos condicionaban el trabajo de su jardinero. El resultado era un césped escaso y una rocalla de yeso con muy poca sustancia que se extendían hasta donde la vista alcanzaba, y un montón de insulsos arbustos que al señor Wither le encantaban porque hacían bulto y daban poco trabajo. También le gustaba que el jardín pareciera ordenado. Era una bonita mañana de abril y llevaba un buen rato asomado a la ventana de la sala del desayuno pensando en lo fastidiosas que eran las margaritas. Había once, justo en medio del césped. Cuando viera a Saxon debía recordar decirle que las arrancara.

La señora Wither entró, aunque él no se percató de su presencia porque ya la había visto antes esa mañana, y tomó asiento tras las tazas. Justo entonces un gong sonó en el vestíbulo. El señor Wither cruzó la habitación arrastrando los pies, se acomodó en la otra punta, como era su costumbre, y abrió el *Morning Post*. La señora Wither le alargó una taza de té y un cuenco de cereales de paquete que olían y sabían exactamente como todos los cereales de paquete, y pasaron tres minutos. La señora Wither dio un sorbito a su té mientras su mirada sobrevolaba la calva cabeza del señor Wither, surcada por dos mechones de pelo, y se posaba en un mirlo que se pavoneaba bajo la araucaria.

El señor Wither levantó la vista despacio.

—Las niñas se retrasan.

—Ya vienen, querido.

—Se están retrasando y saben perfectamente que no me gusta que lleguen tarde a las comidas.

—Lo sé, querido, pero Madge se ha quedado dormida un poco más de la cuenta; estaba exhausta tras el partido de tenis de ayer, y Tina está...

—Arreglándose el pelo, como siempre, supongo.

El señor Wither volvió a concentrarse en el periódico y la señora Wither continuó dando sorbitos a su té con la mirada perdida.

Madge, la hija mayor de ambos, entró frotándose las manos.

—Buenos días, mamá. Siento llegar tarde, padre.

El señor Wither no respondió, y ella tomó asiento. Era una mujer grandota, ataviada con un abrigo de *tweed* y una falda, y tenía unos rasgos muy marcados, el pelo cortado a lo *garçon* y una tez saludable, aunque ciertamente insípida. Tenía treinta y nueve años.

—¿Cómo puedes comerte ese serrín, padre? —preguntó con tono jovial, mientras atacaba sus huevos con beicon. Hacía un día espléndido y no eran más de las nueve y diez; de algún modo, al comienzo de cada nuevo día siempre existía la posibilidad de que las cosas fueran diferentes. Siempre podía ocurrir algo que sembrara la felicidad a su paso.

Madge no era muy ducha en interpretar sus sentimientos con claridad; solo sabía que siempre solía estar más contenta en el desayuno que en la cena.

La señora Wither esbozó una pequeña sonrisa. El señor Wither no dijo nada.

Se oyeron unos pasos apresurados en el vestíbulo embaldosado y entonces apareció Tina, con sus párpados rosas, su pelo sin vida y aquella onda rebelde de siempre que le cubría la frente. Era pequeña y sus ojos y su boca pare-

cían demasiado grandes para una cara tan fina. Tenía treinta y cinco años e iba vestida con un traje verde y una blusa blanca de volantes, con los que, a todas luces, estaba encantada. Llevaba las uñas de sus pequeños dedos pintadas de color rosa pálido.

—¡Buenos días a todos! Siento el retraso...

El señor Wither descruzó sus rollizas piernas, enfundadas en unos inesperados pantalones de cuadros muy elegantes, y las volvió a cruzar sin levantar la vista. La señora Wither sonrió a su hija y murmuró:

—¡Qué guapa estás, cariño!

—¿Qué es eso? —El señor Wither se fijó de repente en Tina con sus ojos celestes, gachos y enrojecidos.

—Solo mi nuevo... Mi vestido, padre.

—Conque nuevo, ¿eh?

—Sí..., esto..., sí.

—¿Y para qué te compras más ropa? Ya tienes los armarios repletos. —Y volvió a la sección de finanzas.

—¿Beicon, Tina?

—Sí, por favor.

—¿Una o dos lonchas, cariño?

—Oh, solo una, por favor. No..., esa pequeñita. Gracias.

—Apenas comes, querida. No te va nada bien estar tan delgada —observó Madge, untando mantequilla a una tostada—. No sé por qué insistes en guardar esa estúpida dieta; parece estar al borde de tus fuerzas.

—Bueno, lo que importa es cómo te sientes, y yo lo único que sé es que me siento infinitamente mejor.

—¿*Infinitamente*? ¿Cómo puedes sentirte infinitamente mejor con lo poco que comes, pajarito? —preguntó en voz alta el señor Wither, soltando el *Morning Post* y mirando con cara muy seria a su hija menor—. El infinito es algo inconmensurable. No puede emplearse para describir un estado natural del cuerpo humano. Puedes estar mucho mejor o considerablemente mejor, o visiblemente mejor, pero

no puedes estar *infinitamente* mejor, porque eso es imposible.

—Bueno, entonces —Tina retorció lentamente sus manos secas en el regazo, al tiempo que esbozaba una trémula sonrisa—, me siento *considerablemente* mejor desde que empecé la Dieta Veloz.

Su sonrisa dejó al descubierto una dentadura irregular, que, curiosamente, dulcificó su rostro y la hizo parecer algo más joven.

—En fin. Lo único que te digo es que no parece que estés mejor en absoluto —dijo Madge—. ¿A que no, padre?

Silencio. El mirlo del jardín emitió un dulce y sonoro graznido y levantó el vuelo.

—¿Vas a jugar hoy al golf, cariño? —se apresuró a preguntar por lo bajini la señora Wither a Madge.

Ésta asintió. Tenía los dos mofletes llenos.

—¿Y vendrás a almorzar, querida? —continuó su madre con cierta cautela.

—Depende...

—¡Pues ya deberías saber si vas a venir a almorzar o no, Madge! —interrumpió el señor Wither, que acababa de toparse en la sección de finanzas con una de esas noticias capaces de ennegrecer más si cabe un horizonte que a él nunca le había resultado demasiado claro—. ¿Es que no puedes darle una respuesta definitiva a tu madre?

—Me temo que no, padre —respondió Madge con firmeza, limpiándose la boca con una servilleta—. Déjanos la página de deportes si has terminado, anda.

El señor Wither separó la página de deportes y se la pasó a su hija en silencio, dejando que el resto del periódico fuera cayendo al suelo.

Nadie dijo nada. El mirlo regresó a su rama.

El señor Wither parecía ahora envuelto en el negruzco y amenazante manto de la melancolía. Antes de leer aquella noticia en el periódico, se había mostrado como siempre solía hacerlo durante el desayuno, e invariablemente igual

que en el almuerzo, a la hora del té y en la cena. Pero ahora (pensaron la señora Wither, Madge y Tina) padre estaba preocupado; preocupado por algo. Y supieron que el día se había echado a perder irremisiblemente.

En realidad, la principal preocupación del señor Wither era su dinero. Su difunto padre, que había sido el principal accionista de una compañía privada de gas fundada a mediados del siglo anterior, le había dejado a su muerte una cuantiosa fortuna, que cada año le rendía unos intereses de dos mil ochocientas libras.

Mientras trabajó, el joven señor Wither, que apenas sabía una palabra sobre gas, pero que era un experto en atemorizar a la gente y así salirse con la suya, había dirigido la empresa con relativo éxito; y a la edad de sesenta y cinco años (hacía cinco, en realidad) había vendido sus acciones, había invertido las ganancias y se había retirado a disfrutar de su tiempo libre a The Eagles, cerca de Chesterbourne, Essex, donde llevaba ya viviendo treinta años.

Las inversiones del señor Wither eran todo lo seguras que pueden ser las inversiones en este mundo; pero el señor Wither no se contentaba con eso. Quería que fueran *completamente* seguras; inamoviblemente productivas, estables como una roca y tan ciertas como que al final del día llega la noche.

Sin embargo, todo cuidado era inútil; sus activos subían y bajaban, influenciados como estaban por las guerras, los nacimientos, las abdicaciones y la proliferación de los aeropuertos. Nunca podía estar seguro de qué dependería, cada día que pasaba, su tranquilidad financiera. Se despertaba en mitad de la noche, bañado en sudor, y se quedaba tumbado en la oscuridad preguntándose qué ocurriría al día siguiente, y en cuanto se sentaba en la mesa para el desayuno escudriñaba nervioso la sección de finanzas de los periódicos en busca de fatídicas noticias.

No era tacaño (o, al menos, eso solía decirse a sí mismo), simplemente odiaba despilfarrar el dinero. No sopor-

taba que se gastara sin una razón de peso que lo avalara. El dinero no se nos daba para malgastarlo, sino para ahorrarlo.

Ahora, mientras observaba desesperado su cuenco de cereales a medio terminar, pensó en todo el dinero que, por insistencia de los demás, había desperdiciado a lo largo de su vida. ¡Cómo le había dolido tirar a la basura las cuotas de las niñas durante los diez años en que habían intentado infructuosamente estudiar una carrera! Libras y libras y más libras desperdiciadas, caídas en saco roto. Escuelas de arte y de labores del hogar, manualidades, escuelas de secretariado, clases de elocución y cursos de periodismo, clubes caninos y talleres de costura. Actividades todas sin provecho alguno y, para colmo, carísimas. Y después de todo el dinero que se había invertido en ellas, ¿qué sabían hacer realmente sus hijas a fin de cuentas?

Nada. Nada en absoluto. A ojos del señor Wither, eran un par de atolondradas incapaces de hablar con propiedad, adolecían de una considerable confusión mental y apenas sabían hacer nada con las manos. Tenía la vaga impresión de que Tina y Madge, a juzgar por todo lo que se les había enseñado y por el precio que había costado su educación, deberían estar, como poco, en posesión de un conocimiento universal digno de sir Francis Bacon. Pero algo había fallado.

—¿A qué hora dices que llega el tren de Viola? —preguntó Tina a su madre; algunas veces los silencios de los Wither le parecían interminables.

—A las doce y media, querida.

—Justo a tiempo para el almuerzo.

—Sí.

—Si ya sabes perfectamente que el tren de Viola llega a las doce y media —salmodió el señor Wither, alzando los párpados para mirar a Tina—, ¿por qué le preguntas a tu madre? Hablas por hablar, un hábito estúpido. —Bajó des-

pacio la vista y la clavó de nuevo en el pequeño cuenco de cereales, que cada vez parecían más pastosos.

—Lo había olvidado —dijo Tina. En vista del silencio, continuó animadamente—: Por cierto, ¿no detestas llegar a un sitio antes de las doce, Madge? Demasiado tarde para desayunar y demasiado pronto para almorzar.

Nadie abrió la boca; entonces recordó que había dicho lo mismo en la cena la noche anterior, cuando el señor Wither y Madge se habían enzarzado en una calurosa discusión sobre el horario de los trenes a propósito de la hora de llegada del tren de Viola. Notó que se iba ruborizando poco a poco y no pudo evitar volver a frotarse las manos. El desayuno estaba resultando un auténtico desastre, como de costumbre. ¿Pero qué más daba? Su nuevo traje era de lo más favorecedor y, además, Viola llegaba aquel día; eso cambiaría un poco las cosas: la presencia de Viola tal vez haría que padre dejara de preocuparse tanto y tan a menudo, y puede que Madge dejara de discutir con él de esa forma tan grosera. Viola no era una persona interesante en absoluto, pero estaba convencida de que la compañía de alguien, incluso la de una cuñada, era sin duda mejor que la de los parientes directos.

Después de leer un libro sobre psicología femenina titulado *Las hijas de Selene*, que una amiga de la escuela le había prestado, Tina había decidido enfrentarse a su propia naturaleza, por muy vergonzosa, negativa o espantosa que fuera (el libro advertía a sus lectores de que la verdad sobre uno mismo podía avergonzarles, espantarles o provocarles rechazo); y una de las realidades inherentes a su propia naturaleza a las que había tenido que enfrentarse era que no apreciaba en lo más mínimo a su familia.

Por no querer, no había querido ni siquiera a su único hermano, Teddy; y aquello era de lo más espantoso, pues Teddy había muerto hacía apenas tres meses.

Viola era su viuda. Había estado casada con él durante un año, y ahora venía a instalarse con la familia de su mari-

do en The Eagles. Cada vez que a Tina le asaltaba la idea de que no había querido a Teddy mientras vivió, lo que peor le hacía sentir era constatar que Viola, una muchacha tan joven con multitud de pretendientes, había elegido a Teddy precisamente, y lo había amado lo suficiente como para casarse con él. «Supongo que no soy normal —tendía a pensar—. Aunque nunca supimos mucho de Teddy una vez que se hizo adulto. Jamás nos contaba nada de su vida, como hacen otros hombres con sus hermanas y sus padres. Pero eso no es excusa: no haber querido a mi único hermano me convierte, como poco, en alguien anormal».

—¿Quieres que te lleve a la estación, madre? —se ofreció Madge, deteniéndose junto a la puerta.

—Oh, no estarás de vuelta a tiempo, querida.

—No importa; lo haré si quieres que te acerque.

A Madge le encantaba conducir, pero como el señor Wither decía que no sabía, apenas tenía la oportunidad de practicar.

—Oh, gracias, cariño, pero acabo de decírselo a Saxon. Traerá el coche sobre las doce y diez.

—Ah, está bien, si prefieres la manera de conducir de Saxon a la mía...

—No es eso, cariño. Y creo que Saxon ahora conduce bastante bien.

—Ya era hora; después de las dos amonestaciones, el nuevo guardabarros y la multa, ya puede...

Y se marchó silbando. La señora Wither se inclinó para recoger el periódico del suelo pero, como el señor Wither ya había alargado distraídamente la mano, pensó que sería mejor dejarle que se lo quedara.

—¿Y tú, Tina? ¿También vas a practicar? —le preguntó a su hija pequeña, posando la mano en su delgado hombro mientras se dirigía hacia la puerta.

—Supongo...

—Deberías salir —sentenció el señor Wither, aún absorto en su periódico pero emergiendo de su penumbra como

una foca que necesita tomar aire—. Quedarte en casa con la cabeza en las nubes no va a hacerte ningún bien. —Y se sumergió de nuevo en las profundidades.

La señora Wither salió de la habitación.

Tina se dirigió entonces a la ventana y se quedó allí un instante, contemplando ensimismada las nubes blanquísimas que se entreveían tras las verduscas ramas de la araucaria. El mundo parecía tan joven aquella mañana que sintió que su piel era algo marchito en comparación; era consciente de todas y cada una de las arrugas que surcaban su cara, y que estaban allí a pesar de todas las cremas que se había puesto para camuflarlas, y de la rigidez de sus huesos; pues todo lo que ansiaba, lo único que ocupaba sus pensamientos en aquella tierra joven inundada de luz, era el Amor.

El señor Wither abandonó la estancia, cruzó el vestíbulo, con sus frías baldosas azules y negras, y se encerró en su espantoso estudio, un pequeño cuarto provisto apenas de una alfombra raída, un escritorio horrible e inmenso, una estantería repleta de libros financieros de referencia y una chimenea enorme que desprendía un calor infernal cuando se encendía, lo cual no ocurría muy a menudo.

Esa mañana, sin embargo, sí que estaba encendida. Al señor Wither le había costado bastante dar la orden; después de pensarlo detenidamente, había llegado a la conclusión de que no se podía desperdiciar el combustible, aunque para que aquel calor infernal durase al menos hasta las dos y media de la tarde hubiera que emplear una cantidad ingente de carbón.

El señor Wither tenía pensado invitar a Viola a su estudio después de almorzar y tener una pequeña charla con ella, y estaba convencido de que sería más fácil hacerlo en un ambiente caldeado. De todos es conocido que las mujeres siempre están quejándose del frío que hace en los sitios.

Le parecía bastante fastidioso que una jovencita tan estúpida como Viola pudiera permitirse el lujo de manejar su propio dinero. No es que tuviera mucho, en efecto; sumando lo que había heredado de su padre con lo de Teddy, la cantidad total no ascendería a más de... (calculó por encima el señor Wither, mientras se erguía en su ancho y viejo sillón de cuero negro y clavaba su triste mirada en el voraz fuego de la chimenea), pongamos..., ciento cincuenta libras al año. Pero esas ciento cincuenta libras al año habían de administrarse bien, y el señor Wither y su asesor financiero, el general de división E. E. Breis-Cumwitt, medalla al mérito militar, estaban mucho más capacitados que Viola para hacerlo, qué duda cabe.

Si el señor Wither hubiera podido salirse con la suya, ahora sabría cuánto dinero poseía su nuera, pero en el momento de la muerte de su hijo, las circunstancias habían conspirado para evitar que lo averiguara.

En primer lugar, Teddy siempre había sido muy reservado respecto a su patrimonio (de hecho, lo era en todos sus asuntos), hasta el punto de resultar irritante, y aunque su padre estaba más o menos al tanto de lo que ganaba, no sabía cuánto había llegado a ahorrar. Cada dos semanas o así, mientras Teddy aún vivía, el señor Wither le preguntaba, como quien no quiere la cosa, si estaba ahorrando algo, y Teddy invariablemente le contestaba con evasivas y rápidamente cambiaba de tema. De hecho, se negaba a responder cualquier pregunta directa sobre «cuánto» y sobre «qué», alegando que esas eran cosas que le competían solo a él. No obstante, su padre suponía que algo habría ahorrado a lo largo de los años.

Después, cuando murió repentinamente a causa de una neumonía, el señor Wither, postrado a causa de un inoportuno ataque agudo de lumbago, no pudo ni siquiera asistir al funeral (que se celebró en Londres, por deseo expreso de Viola), y mucho menos indagar sobre las propiedades

de su hijo para poder así hacerse cargo de ellas, como le hubiera gustado.

Sin embargo, sabía que Teddy no había hecho testamento, y eso lo intranquilizaba profundamente.

Así que decidió escribir a Viola; le escribió dos cartas bastante sinceras y extensas que versaban sobre el tema del Dinero. Como única respuesta recibió una breve nota donde Viola anunciaba, si bien en términos algo imprecisos, que pensaba quedarse una temporada en casa de Shirley, una amiga suya de la infancia, de quien no facilitó dirección alguna.

La señora Wither tuvo a bien aclarar que el apellido de Shirley era Davis y que vivía en un lugar llamado Golders Green.

El señor Wither se tomó entonces la molestia de buscar a todos los Davis en el listín telefónico de Londres, pero Golders Green estaba extrañamente lleno de Davis, así que sus pesquisas no sirvieron de nada.

Tras otra extensa carta remitida a la antigua dirección de su hijo, al menos obtuvo una breve respuesta en la que le facilitaron la dirección de los Davis. Aunque esta segunda nota siguiera sin hacer alusión al Dinero, sí que mencionaba de pasada lo difícil que le estaba resultando alquilar el piso.

El señor Wither optó, pues, por escribir una última carta, y decidió que esta vez no diría nada del Dinero, sino que instaría a su nuera a irse a vivir con ellos a The Eagles sin demora.

Era la única salida. Mientras Viola siguiese en Londres, no habría oportunidad de administrar el dinero por ella; cuantas más vueltas le daba al asunto, más de los nervios se ponía. Y el hecho de ignorar a cuánto ascendía la suma no ayudaba en lo más mínimo. ¿Y si en vez de ciento cincuenta eran trescientas al año?

Veía a Viola como una muchacha tonta, alguien del montón, pero no le disgustaba. Claro que era una pena, una auténtica pena, que antes hubiera sido dependiente,